



La construcción de la masculinidad: El caso de un albañil

[The construction of masculinity: The case of a bricklayer]

Karina Ramírez-Villaseñor 

Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México

Resumen

En el presente artículo se estudian los significados, las funciones, los valores, los atributos, y prácticas cotidianas vinculadas al modelo dominante de la masculinidad en contextos rurales. Desde una mirada de los estudios de género y de las masculinidades la investigación se centró en los trabajadores de la construcción (albañiles) mayores de 50 años. Desde la metodología cualitativa se recuperó la narrativa de un trabajador y se reconstruyó su historia de vida. Se descubrió que la construcción de las masculinidades es un proceso que comienza desde temprana edad en el cual intervienen aspectos personales, familiares, comunitarios, y del espacio laboral. Esta historia de vida también aborda las continuidades, rupturas, y ambivalencias del modelo de masculinidad hegemónico propio del contexto en el que se encuentra el sujeto, quien entiende la masculinidad en la vida adulta a partir del éxito laboral, la proveeduría económica y la participación en el espacio laboral remunerado.

Palabras clave: masculinidades, género, historia de vida, masculinidad hegemónica, clase obrera.

Abstract

This article offers an examination of the meanings, functions, values, attributes, and daily practices associated with the dominant model of masculinity in rural contexts. From the perspective of gender and masculinities studies, the research focuses on construction workers (bricklayers) over 50 years of age. Adopting a qualitative methodology, we obtained the narrative of one worker and reconstructed his life history. We found that the construction of masculinities is a process that begins at an early age and is influenced by factors on the personal, family, community, and workplace levels. The life story also addresses the continuities, ruptures, and ambivalences of the hegemonic model of masculinity within the particular context of the subject in question, who understands masculinity in adult life in terms of employment success, economic provision, and participation in the world of paid work.

Keywords: masculinities, gender, life history, hegemonic masculinity, working class.

Contacto: La comunicación sobre este artículo debe ser enviada a Alejandro Romero Miranda, email kramirez@cobaem.edu.mx

Karina Ramírez-Villaseñor actualmente realiza sus labores de investigación en el Colegio de Bachilleres del Estado de Morelos, México.

Financiamiento: Esta investigación contó con financiamiento del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México (CONACYT) / Beca Doctoral 353329.



INTRODUCCIÓN

A partir del desarrollo del feminismo y de los estudios de las masculinidades (*men's studies*) surgen las investigaciones que se han abocado a analizar y comprender científicamente a los hombres desde su condición de género. Específicamente, estos estudios buscan profundizar en la identidad de los varones, en sus experiencias, en sus sentires, en los costos, los beneficios y en los vínculos con el poder. En este trabajo se busca contribuir a dichos estudios a partir de la investigación cualitativa que tiene por objetivo analizar la construcción de las masculinidades como un proceso dinámico, en el cual se configuran y reconfiguran los valores, atributos, funciones, significados, y prácticas del modelo dominante a lo largo del ciclo de vida de las personas. Para ello se analiza la historia de vida de un albañil 56 años. Esta historia de vida permite comprender cómo el entrevistado significa y entiende su masculinidad a lo largo de su trayectoria personal. Las preguntas que guían esta investigación son ¿cómo entiende y vive su masculinidad?, ¿qué atributos, valores y/o funciones reconocen de su ser hombre a lo largo de su trayectoria y que guarda relación con el modelo dominante? y ¿qué papel juega la vida laboral y el ejercicio de la proveeduría económica en la configuración de la masculinidad?

Debido al interés que tiene abordar los significados y la construcción de las masculinidades desde la experiencia y el sentir del sujeto, se optó por usar la narrativa como un medio para profundizar en las vivencias y experiencias dentro de un contexto particular. Por ello, se recurrió a la historia de vida

como herramienta metodológica para reconstruir la voz de grupos que, por múltiples razones (e.g., género, procesos de racialización, religión, etc.), no han tenido un espacio en la historia oficial (Pujadas, 2000). A través de la historia oral se busca reconstruir la experiencia vivida de personas comunes con vidas ordinarias que en su cotidianidad construyen y reconstruyen la cultura. En este texto se entenderá a las masculinidades como un proceso multidimensional en constante construcción, que mantiene vínculos con otros procesos sociales, culturales, e históricos, por lo cual se configura y reconfigura a lo largo del ciclo de vida de las personas. Siguiendo a Connell (1997), se trata de una construcción social e histórica que puede ser entendida de una forma diferente de una sociedad a otra, ya que los valores, los significados y las prácticas en torno a la masculinidad (y también la feminidad) se adquieren y refuerzan a través de diversos y complejos procesos de socialización (Simmel, 2002) en distintas instituciones sociales, a lo largo del ciclo de vida de los sujetos.

Una mirada al concepto de masculinidades

El género como construcción social, cultural, e histórica, orienta a los sujetos a vivir y experimentar de forma diferenciada la realidad social. Desde este modo se establece lo que a cada género le corresponde social y culturalmente hacer, tener y actuar. A través del proceso de adquisición de género es que se aprenden los significados en torno a la feminidad y la masculinidad. Por ejemplo,



según Seidler (1997) y Rosas (2008) los hombres deben ser valientes, fuertes, competitivos, rudos, deben ejercer poder sobre otras personas; y están vinculados a la razón y a la omisión de las emociones. Estos valores, atributos, y significados son reforzados a través de diversas instituciones económicas, políticas, religiosas, educativas, y en espacios de interacción como lo es el campo laboral. En ese sentido, estudios como el de Hernández et al. (2011), plantean que los estudios de las masculinidades permiten comprender que los hombres –al igual que las mujeres– se construyen como sujetos genéricos, por lo que sus significados y experiencias de vida están moldeadas por ideologías y relaciones de género que los llevan a tejer distintos vínculos con el poder. Los hombres como sujetos genéricos están presos dentro del sistema patriarcal, dentro del cual deben responder a los modelos establecidos, por ejemplo, al modelo hegemónico de masculinidad del que hace referencia Connell (1997).

La masculinidad hegemónica es entendida como un modelo que define los mandatos, las pautas, las identidades, la forma de actuar, comportarse, cómo reconocer, asimilar, y mostrar las emociones, etc. Este modelo es aceptado y legitimado socialmente, por tanto, oprime a las mujeres y a los hombres que no cumplen con lo esperando, dando pie a masculinidades subordinadas. La masculinidad debe ser entendida como una construcción social, cultural, e histórica (Connell, 1997), que involucra atributos, valores y funciones que se suponen esenciales en los hombres de un contexto particular (de Keijzer, 2010). Los elementos que conforman la masculinidad pueden ser distintos entre una sociedad y otra, o bien producto del cruce entre género, clase social, edad, ocupación, nivel educativo,

etc., que conducen a los hombres a valorar y reconocer algunas prácticas, y no otras, como parte de su masculinidad.

Los hombres son sometidos desde temprana edad a un proceso de hacerse hombres (Olavarría, 2000). Por ello se entiende que, la masculinidad es algo que los hombres deben ganar. Para ello, deben superar ciertas pruebas como soportar el dolor, demostrar su esfuerzo, hacer uso de su fuerza y haber conquistado mujeres, entre otras. La superación de estas pruebas les da reconocimiento social de parte de las mujeres y otros hombres. Este reconocimiento es otorgado a quienes poseen ciertos objetos y símbolos que son altamente valorados en la comunidad (López, 2010). Por ejemplo, la heterosexualidad, la conformación de una familia y su cuidado a través de la proveeduría económica, la ocupación laboral, la participación en espacios masculinos, y/o la adquisición de bienes materiales, refleja que son hombres exitosos dentro de su área y al interior de sus comunidades de origen.

Por lo anterior, esta investigación entenderá a las masculinidades como un proceso multidimensional que involucra el plano personal, familiar, y comunitario que está vinculado con los procesos sociales, culturales, económicos, políticos, e históricos. De esta manera, los significados y las prácticas en torno al ser hombre se refirman, repiensen, y transforman en distintos momentos del ciclo de vida de los sujetos. La forma de significar la masculinidad está entrelazada con los códigos culturales que, en el caso los albañiles, son atributos, valores, y funciones que comparten con la comunidad a la que pertenecen, su generación, sus colegas de oficio que dan pie a la existencia de masculinidades dominantes y subordinadas.



MÉTODO

Esta investigación busca profundizar en los significados y las prácticas que se tejen en torno a las masculinidades desde un enfoque interpretativo. Por ello, se recurrió a la metodología cualitativa que busca abordar y comprender el fenómeno que se estudia en su ambiente cotidiano (Hernández et al., 2010). Desde esta metodología fue posible aproximarse a la realidad de los trabajadores de la construcción, concretamente a los albañiles para recuperar la experiencia y el sentir de los sujetos en torno a las masculinidades. Por ello se retomó su narrativa para profundizar en sus vivencias en un contexto particular.

La investigación en extenso se realizó con el método etnográfico que permitió profundizar en los significados, sentires, y experiencias que los albañiles atribuyen a su masculinidad. Se recurrió a técnicas como la entrevista a profundidad, la observación participante, y la historia de vida. Con ellas se buscó una mirada amplia sobre la cotidianidad de los actores, las características socioculturales, y las interacciones en el trabajo. El trabajo de campo etnográfico permitió contactar a algunos albañiles que posteriormente fueron entrevistados a profundidad y considerados para la historia de vida. En este trabajo se profundiza en la historia de vida. Esta permitió producir un conjunto de relatos (Aceves, 2013) a través de los cuales el sujeto narró su experiencia vivida; relatos que fueron analizados considerando la subjetividad y la interpretación de temáticas cotidianas (Bolívar & Domingo, 2006) de las etapas del ciclo vital, enfatizando áreas como el trabajo, la familia, la

vida en pareja, la paternidad, el tiempo de ocio, los amigos, entre otros. Esta historia de vida no hace referencia al “yo individual”, sino más bien, al “yo social” (de Garay, 2013) con sus interacciones, encuentros, y desencuentros en un espacio y tiempo definido. Y refleja los elementos que orientaron la configuración de la masculinidad en distintas etapas de su vida. Esta historia permite comprender cómo los cambios, rupturas, y continuidades económicas impactan la vida de las personas y trastocan algunas prácticas vinculadas al género.

La selección del colaborador o entrevistado fue por medio del muestreo teórico por conveniencia de bola de nieve. La elección del entrevistado de la historia de vida se llevó a cabo después de una serie de entrevistas a profundidad, en las que se entrevistaron a seis albañiles mayores de 50 años. De este modo, se identificó un colaborador cuya historia resultó singular e ilustrativa para el proceso de la identidad de género dentro del contexto en el que se realizó la investigación. Este colaborador es una persona mayor de 50 años, tiene más de 10 años de experiencia en la construcción, vive en la zona centro de México y aceptó participar voluntariamente en un total de siete entrevistas que se llevaron a cabo en su domicilio. Inicialmente, se desarrollaron cuatro entrevistas en profundidad. Luego, hubo tres adicionales en las cuales no hubo un guion de entrevista y más bien se le pidió al colaborador que contara su vida, desde sus primeros recuerdos a la fecha. Esto permitió que el entrevistado narrara y reflexionara sobre las experiencias que él consideró importantes y que permiten entender los



elementos que resaltan en la construcción de su masculinidad. Dichos relatos fueron grabados con la autorización previa del colaborador para posteriormente ser transcritos y analizados de forma manual y con ayuda de la base teórica que sustenta esta investigación. El colaborador fue informado respecto a los objetivos de la investigación y autorizó el uso académico de

la información proporcionada. Se dejó a su elección el nombrarlo con su nombre real en el texto o cambiarlo por otro de su preferencia. El entrevistado optó por ésta última. Por ello, los nombres de personas y lugares que aparecen en este documento fueron cambiados con el objetivo de resguardar el anonimato de la identidad del colaborador.

RESULTADOS

Era la década de 1960, la localidad de San Juan estaba tapizada por calles empedradas, casas de adobe con techos de teja y láminas de cartón. La gente se dedicaba la agricultura de temporal, la ganadería, y al comercio. El maíz y el frijol eran el principal sustento de las familias. Negocios como las talabarterías despuntaban con un futuro prometedor. Eran comunes las lámparas de petróleo, el uso del petate (i.e., esterilla de palma) para descansar y el uso de la radio de pilas para escuchar radionovelas. La comida era preparada en el fogón. Con el paso de los años, la luz eléctrica, el automóvil, la televisión, la estufa de gas y el teléfono fueron incorporándose poco a poco a la cotidianidad del poblado. En este contexto nació Armando. Fue el primogénito de cinco hijos y decidieron llamarlo así, Armando como su abuelo paterno.

Los primeros años de vida de Armando fueron de felicidad. En su infancia jugó con los yoyos, trompos, y baleros que construía su padre. En esos años, los vecinos de su edad fueron sus compañeros de juego. Jugaban a *ser grandes* (i.e., adultos). El juego de la casita les permitió convivir pues, a diferencia de otros juegos como el jaripeo o los carritos que eran considerados juegos rudos para las niñas, en el juego de la casita cada uno tenía su lugar.

cuando jugábamos a la familia, teníamos que imitar a los papás, con la mamá y el papá y los muñecos eran los niños [...] hacíamos lo que habíamos visto que hacían nuestros papás, yo según iba a traer leña para que ella cocinara. Hacíamos lo mismo que los grandes, supuestamente eso era lo que tenía que hacer una pareja, era jugar a ser grandes.

A los seis años Armando aprendió a barrer, lavar trastes (i.e., utensilios de cocina) y preparar algunas comidas porque su madre le enseñó, aunque su padre no estaba de acuerdo en que su hijo aprendiera labores domésticas y poco a poco comenzó a involucrarlo en el trabajo del campo.

Yo me acuerdo que desde chiquito mi papá me decía: “cuando tú crezcas tú vas a ser hombre y la labor del hombre está en el campo, la de las mujeres está en la casa con los quehaceres, pero la tuya va a estar en el campo. Lo mismo que yo hago un día tú lo vas a hacer, ir a traer leña, ir a trabajar.

En 1971 la economía de su familia se vio impactada por la enfermedad de su abuelo paterno y tuvieron que vender las tierras en las que sembraban. Ante esa situación el padre de Armando trabajó como jornalero agrícola en los sembradíos de arroz y su madre comenzó a lavar ropa ajena y a vender tortillas



en el mercado del pueblo junto con su suegra. Para Armando fue una etapa de ruptura, a partir de esa edad tuvo que encargarse de los quehaceres del hogar.

Como ya no alcanzaba el dinero mi mamá tuvo que verse en la necesidad de ir a trabajar en una casa ajena, entonces por lo regular a mí me empezó a encomendar ahora sí que hacer el quehacer, barrer, escombrar, lavar los trastes, porque ella no quería ver ollas o trastes sucios. En ese mismo año ingresó a la escuela, donde cursó sólo cuatro meses el primer grado debido a la llegada de su hermano Arturo, el segundo hijo de la familia, a quien Armando tenía que cuidar durante la ausencia de sus padres. A los siete años se olvidó de los juegos y las convivencias con sus amigos y se volvió responsable. En 1972 ingresó nuevamente a la escuela para cursar únicamente hasta el tercer año. Conforme creció, se dedicó al campo junto con su padre dejando atrás las labores domésticas y de cuidado. A los once años obtuvo su primer trabajo oficial pastoreando vacas, actividad que desempeñó durante dos años. Después se dedicó a trabajar como jornalero agrícola. Por esa época San Juan vivió un periodo agrícola fructífero donde las huertas de jitomate fueron una alternativa de empleo para Armando. Ahí convivió con hombres mayores de quienes aprendió a cultivar y cosechar el jitomate en un ambiente de relajación y compañerismo. Hacia fines de 1970 la producción de jitomate en el pueblo disminuyó considerablemente. Los agricultores dejaron de demandar mano de obra y Armando, al igual que otros trabajadores del poblado, se quedaron sin su principal fuente de empleo. En esos años sus hermanos estaban en plena infancia, su padre vivía un periodo de alcoholismo y su madre

se desempeñaba en el trabajo doméstico remunerado, por lo que él asumió la proveeduría económica de su familia.

A los 16 años comenzó a salir constantemente con sus amigos para distraerse y cortejar a las mujeres de pueblo luego de su jornada laboral. Algunos de sus amigos comenzaron a sostener noviazgos y otros se entretenían en la cantina del pueblo. El consumo de alcohol se volvió una constante que despertaba el interés de experimentación pues hacía que se sintieran *más hombres*. La música de Vicente Fernández era la favorita de Armando y sus amigos. Este cantante representaba una forma de ser hombre en el México rural de la década de 1980: el hombre enamorado, bebedor, y aventurero. Ideas que se reforzaban con las acciones de otros hombres del contexto inmediato. En la convivencia entre Armando y sus amigos el alcohol era un elemento importante. Sin embargo, después de meses decidió dejar el alcohol. La noche de su última borrachera era fría y lluviosa. Después de consumir varias cervezas se sintió mal, por lo que se alejó unos metros de sus amigos y se arrinconó en una puerta. Desde ahí vio cómo unos hombres que transitaban en una camioneta les dispararon a sus amigos, sin herir a ninguno. Esta vivencia llevó a Armando a cuestionarse el consumo de alcohol, la exposición a los riesgos e incluso a la muerte como elementos de su ser hombre. Luego de ese evento decidió concentrarse en su trabajo, cooperar con su familia, dejar las parrandas, y tomar distancia de sus amigos. Esta decisión despertó la crítica de sus compañeros de parranda.

Ellos pasaban y me insistían que fuéramos a la calle, yo no podía decirles directamente que

a la calle ya no iba a ir, sino que tenía que inventar pretextos. Luego les decía que tenía que hacer algo en mi casa [...] ellos me decían “¡ya te pega tu mamá!, “¡te regaña!” y yo les decía: “sí, me regaña”. Les seguía la corriente: “no tengo permiso de salir”. Entonces yo comencé a salir solo, más vale solo que mal acompañado. En esa etapa de su vida lo más importante para Armando era contar con un empleo para ayudar a sus hermanos a salir adelante y disponer de un poco de dinero para comprarse lo que le gustaba. Pues él se percataba de que ya quería vestirse como hombre.

Cuando crece uno quiere uno traer sus centavos en la bolsa, porque uno comienza a querer ese cambio de vestirse a tu manera, ya no como te vistan tus papás. Comprarte tu camisa, tu playera porque tus papás te visten como niño y el tiempo va cambiando y uno debe de cambiar. A la vez tiene uno que competir con otros compañeros, para que la chamaca que te gusta te vea al parejo con los demás.

A los dieciocho años inició un noviazgo con Reyna, su primera novia oficial. Al cumplir un año de relación ella le pidió vivir juntos, pero Armando sintió preocupación, pues a pesar de que contaba con un trabajo, no tenía una casa propia. Armando vivía con su familia en una casa de adobe y lámina de cartón. Sus hermanos, hermanas, y padres dormían en el mismo cuarto que por el día se convertía en cocina y comedor. Y su familia dependía de su apoyo económico.

Uno comienza a ser hombre de entre los 15 y los 20 porque en esa edad es cuando uno comienza a pensar en lo que uno tiene, en lo que le puede ofrecer a una esposa, en pensar en un niño,

pero que no le falte lo que a uno le faltó en su familia, en ser responsable en el trabajo, en tener más responsabilidad en las metas que uno quiere alcanzar. Yo pienso que es en esa edad de que uno se da cuenta de que realmente de que tú ya eres un hombrecito.

A principios de la década de 1980, al igual, que muchos otros hombres del poblado, Armando se quedó sin empleo. Fue entonces que escuchó hablar de Las Palmas (otra localidad). Un conocido que le dijo que allá había mucho empleo. Sin conocer dónde era y cómo llegar le pidió a su compañero que lo llevara. En Las Palmas lo contrataron como ayudante en la construcción. En este espacio de trabajo convivió con personas provenientes de distintos poblados. En este nuevo espacio de trabajo tuvo miedo, pues no conocía a sus compañeros ni las dinámicas internas del grupo. Armando, al igual que la mayoría de los hombres que ingresaron a la albañilería, no tenía conocimiento alguno sobre este oficio. Ahí aprendió a tomar medidas, pegar tabique, y preparar la mezcla. La aspiración de la mayoría de los trabajadores era ascender al cargo de albañil, pero no todos tenían la posibilidad de hacerlo. Después de dos años de ayudante le ofrecieron una oportunidad como aprendiz de albañil.

El encargado de la obra le indicó a un albañil que le diera espacio a Armando para construir pequeños tramos diciendo “¡métele un chingadazo si no aprende!”. Armando sabía que tenía que esforzarse y aprender rápido. De ese modo pronto sería albañil y tendría mayores ingresos. En caso contrario, estaría expuesto a las críticas y burlas de sus compañeros de trabajo, como había visto en otros casos. Armando se esforzaba para ganarse



un lugar entre los albañiles. Ahí aprendió que un buen albañil era el que hacía las cosas bien, el que obedece las órdenes y trabaja rápido. Entre 1980 y 1990, Las Palmas vivió su máximo esplendor y a Armando no le faltó trabajo. Durante 15 años Armando trabajó en esta constructora con un salario fijo a la semana. El sábado era el día de pago. La salida era alrededor de la una de la tarde. Para Armando era su día libre para ir al centro a comprar la despensa de su familia, aprovechar para dar una vuelta o convivir con sus compañeros de trabajo. Desde su ingreso a la albañilería, Armando recibió constantes invitaciones por parte de sus compañeros de trabajo para asistir a espacios de convivencia llamados *botaneras* donde podían platicar, beber alcohol, comer, y convivir con mujeres con las que podían bailar si les invitaban una cerveza. Armando asistió algunas veces a las botaneras para cerciorarse de aquello que escuchaba en la obra. Dice haberse divertido, pero

gastaba más dinero del previsto, entonces recortabas el gasto de tu familia. Tu familia se iba a tronar los dedos cuando ya no le alcanzara para comer. Por eso a mí fue lo que ya no me gustó, es diversión, pero es una diversión que cuesta mucho.

Armando dejó de frecuentar esos espacios, para luchar por sus sueños: construir una casa. En la obra estableció lazos de amistad con personas mayores que él, uno de ellos el señor Anacleto, quien le enseñó a trabajar los detalles en las construcciones y lo invitó a trabajar los domingos, en las obras que demandaban personal. Así incrementaron sus ingresos y con sus ahorros construyó una primera habitación (i.e., un cuarto) de pequeño tamaño a principios de la década de 1990. El trabajo de

albañil le brindó satisfacciones, así como momentos de dolor, sacrificio, e incomodidad. A fines de la década de 1990, la compañía donde trabajaba Armando comenzó a decaer y los recortes de personal no se hicieron esperar. Aunque sus hermanos ya trabajaban por su cuenta, Armando a sus 33 años todavía era el principal proveedor del hogar, situación que le preocupaba ante su despido. Ante esta situación buscó nuevas alternativas. Este suceso coincidió con el matrimonio de su hermana Fátima, quien dejaba la administración del negocio de frutas y verduras del que se hacía cargo. La familia le propuso a Armando que se ocupara de ese negocio y él aceptó.

El comercio de frutas y verduras representó una fuente de empleo temporal, pues mantenía la esperanza de volver a la construcción. Ahí convivió con más mujeres que hombres y aprendió que las preocupaciones cotidianas de unos y otras eran distintas. Las mujeres estaban preocupadas por la comida, la limpieza de la casa, y los hijos. Los hombres se preocupaban por el trabajo y el dinero que llevaban a casa. Aunque el comercio le permitió colaborar con su familia no se sentía satisfecho pues no gozaba de un salario semanal.

La mera verdad me sentía incómodo porque... [en] un comercio sólo se va apartando un poquito y se tiene que guardar para volver a reinvertir [...] no es igual como antes que me ganaba mi dinero con el sudor de mi frente, pero que se ganaba más o menos, que para mí era dinero.

Después de cinco años dedicados al comercio decidió buscar nuevas oportunidades en Las Palmas con la esperanza de retomar su papel de proveedor. Buscó empleo durante una semana. Se levantaba



temprano y acudía a las obras en construcción para ofrecer sus servicios como albañil. Sin embargo, ante las escasas oportunidades a sus 38 años volvió a incorporarse al comercio. Se sentía incómodo, triste, y cuestionado. Sus tíos y tías constantemente lo criticaban por estar en el comercio y le decían que debería ir a trabajar al campo o a un espacio dónde sí ganara dinero.

En el 2006, Arturo (hermano de Armando) volvió a Morelos después de unos años de migrante y le pidió a Armando probar suerte en Las Palmas nuevamente. Los dos hermanos se presentaron en la obra como albañil y ayudante, con el objetivo de apoyarse en el trabajo. La compañía en la que trabajaron años atrás ya no existía y las constructoras privadas requerían menos personal. Quienes eran contratados para trabajar lo hacían por medio de la recomendación de algún amigo o familiar. A ello se sumaba la nueva modalidad de empleo: el pago por metro construido. El trabajo y las oportunidades para los albañiles eran escasas. Armando y Arturo tuvieron que aceptar desempeñarse como ayudantes pese a tener con conocimientos sólidos de esta área laboral. Armando aceptó ese empleo porque “todos tenemos necesidad de comer, de ganar para la tortilla, aunque muchas veces nuestra aspiración es querer ser oficial”.

En el trabajo constantemente le preguntaban si estaba casado, si tenía pareja y/o hijos. En otro momento se había enfrentado a la misma pregunta, pero ahora pasados los 40 años, las dudas y las bromas sobre su preferencia sexual eran constantes. Ante esto, decidió mentir. Pocos de sus compañeros conocían su historia personal, y eso facilitó afirmar que era padre e hizo pasar a sus hermanos menores como sus hijos. En el trabajo se concentraba en

sus labores, se esforzaba por rendir, por trabajar arduamente para recibir una paga considerable el fin de semana. Pero poco a poco el cansancio y el dolor físico se hicieron presentes:

Últimamente yo siento que mi cuerpo ya no responde como respondía antes. Cuando yo tenía 20 años, subía, bajaba, saltaba, brincaba hacía lo que quería con mi cuerpo [...] la última vez que fui a Las Palmas que fue por el 2006 ya no era lo mismo [...] me di cuenta que ya no era el mismo de antes, trataba de hacer porque había jóvenes y esos saltaban y brincaban como yo hacía algún tiempo, pero no, ya como que la energía me estaba queriendo fallar.

A los 42 años se percató de que el rendimiento de su cuerpo no era el mismo. Le costaba hacer el trabajo en la obra y ya no se sentía fuerte para competir con los trabajadores jóvenes. Durante los tres años que trabajó se esforzó por cumplir, por ser ágil para que no lo despidieran.

Se siente uno triste porque ya quisiera uno tener 20 años menos para sentir [...] esa alegría que sentía antes, esas ganas, esas inspiraciones, esos motivos, esos gustos, esas metas que te ponías en la vida y las cumplías. [...] te da un bajón muy feo [...] ya tienes que ir pensando en otra cosa, porque prácticamente esto no va a funcionar, porque mi cuerpo ya no está respondiendo, porque ya no arranca como tiene que arrancar.

Ante el cansancio de su cuerpo Armando vivió un periodo de angustia e incertidumbre. Debió pensar en una nueva fuente de empleo donde su cuerpo no se vea tan comprometido. A mediados del 2009 el encargado de obra “lo mandó a descansar”. Esto él lo interpretó como el final de su carrera laboral en Las Palmas. Durante un tiempo se



dedicó a trabajar en la casa familiar. Limpió y ordenó el patio, pero se percató que esta labor no era suficiente, pues su familia esperaba que buscara una nueva alternativa laboral. Su hermana Victoria, que contaba con un negocio propio, invitó a Armando a trabajar juntos en la venta de fruta y antojitos en el centro del pueblo. Él aceptó.

Esta dinámica de trabajo demanda compartir las labores domésticas y atender el negocio. De manera concreta Armando se encarga de lavar los utensilios de cocina y el baño, y juntar y sacar la basura; su hermana barre y prepara los alimentos y los otros integrantes de la familia salen a trabajar. Armando invierte una cantidad significativa de horas diarias en las labores domésticas. Estas actividades las realiza en el ámbito privado de su casa con el conocimiento de la familia nuclear, pero a escondidas de los vecinos y parientes cercanos:

A muchos nos pasa que nos da vergüenza, como que tenemos esa espinita que a la vez como que te chivea de que cómo me van a ver aquí, van a pensar que soy un mandilón, porque muchos

piensan que por eso uno deja de ser un hombre. Entonces siempre, siempre la vergüenza no deja de existir [...]. A mí lo que me hace sentir hombre es realmente el hecho de estar bien, ser un hombre trabajador, responsable, que realmente a mi familia no le falte el pan de cada día. Un hombre que no sea parrandero, que sea más o menos hogareño, un hombre que ayude en la casa, porque no me cuesta nada, no por eso de ser hombre, sigo siendo hombre...

Actualmente Armando se define como un hombre hogareño, que no le gusta el alcohol, responsable y proveedor. Aunque se enfrenta a constantes críticas por parte de vecinos y parientes, él cuestiona la forma de sentirse hombre vinculada a las parrandas, las borracheras y los lazos afectivos con varias parejas:

Hay hombres que se dicen hombre como dice la canción, porque tienen muchas mujeres, toman, salen a la calle, pero mi forma de entender el ser hombre es diferente, para mí es ser responsable, trabajador, hogareño.

CONCLUSIONES

La historia de vida de Armando muestra que la masculinidad se conforma a través un complejo proceso de socialización que involucra los juegos de la infancia, la forma de vestir, adornar, usar y cuidar el cuerpo, la distribución del trabajo en la familia de origen y en la propia comunidad, los espacios de socialización, de ocio y el área laboral. Su historia refleja que las normas de género son internalizadas por medio de lo que Simmel (2002) llama la socialización primaria y secundaria. En

un primer momento es la familia y la propia comunidad quienes otorgan atributos, valores y funciones que delimitan el deber ser masculino y femenino. Elementos que poco a poco son reforzados por otras instituciones (e.g., la escuela, la religión, el trabajo).

Uno de los elementos centrales que deja entrever la historia de vida de Armando en relación a la masculinidad, es el cuerpo. En la infancia, fue esta base material la que le permitió entender



que era diferente a las mujeres, pues su propio cuerpo y el de ellas se vestía y adornaba de forma distinta (Kogan, 1993). La ropa, los accesorios, los aromas o los colores que se usan, muestran el género al cual se pertenece, y dan cuenta de la posición social y el poder adquisitivo de las personas, en este caso de los hombres que pueden ser considerados como buenos o malos partidos para contraer matrimonio. También muestra que, como parte del proceso del aprendizaje de “hacerse hombre”, los varones aprenden a moldear sus cuerpos y enfatizan su fuerza, agilidad, resistencia, la cual comienzan a denotar desde la infancia a través de los juegos pero que en un futuro se demuestra en el espacio laboral. Espacio en el cual, los albañiles como Armando, compiten por ganarse un lugar dentro de la jerarquía laboral. Otro de los elementos que resaltan en la historia de Armando, es el cumplimiento de proveeduría económica. En el caso de Armando, esto se vuelve el eje central de su masculinidad. Desde temprana edad aprendió que su función como hombre era traer el sustento a su casa y que el cumplimiento de este mandado de la masculinidad le daría la pauta para ejercer autoridad ante los demás. Por ello, uno de los sucesos que marca esta transición de la infancia a la adultez es la apertura al campo laboral. El acceso, permanencia y desempeño dentro del contexto laboral son prácticas de valor social que legitiman la masculinidad (Hernández, 2011). La participación de los hombres en esta esfera les abre las puertas para cortejar mujeres, establecer relaciones de noviazgo, pareja y ejercer la paternidad. En el caso de Armando, su vida laboral inició a temprana edad por las necesidades familiares. Sin embargo, el trabajo fue uno de los

principales medios a través de los cuales demostró socialmente que “ya era hombre”. Esto permite comprender que, en el contexto rural del nororiente morelense, los hombres no se forjan “como hombres” a partir de la edad, sino a través del ingreso a determinados espacios. De acuerdo con Fuller (2001) el ingreso al trabajo es una forma de hacerlo, pues representa alcanzar la condición de adulto y por tanto tener la posibilidad de construir una familia propia.

Es importante mencionar que, aunque Armando optó por permanecer soltero, centró su función como hombre en la proveeduría económica de su familia y en la permanencia y ascenso en el ámbito laboral. Esto no lo libró de los cuestionamientos constantes en torno a su masculinidad, pues para la sociedad, no se había realizado como hombre al no tener una pareja ni ser padre. En ese sentido, Armando no concuerda con el modelo de masculinidad hegemónica al que se refiere Connell (1997). Masculinidad que, en este contexto, hace referencia a la fuerza física, y las prácticas simbólicas que involucran la sexualidad, el número de novias, parejas, la adquisición de bienes, las prendas de vestir, el dinero disponible para gastar, así como el desempeño en el trabajo y en algunos casos el consumo del alcohol. Aunque la historia de vida de Armando refleja que existen elementos que son de alto valor simbólico para la masculinidad hegemónica, también muestra destellos que dan cuenta de que existe heterogeneidad en cómo vivir o entender la masculinidad. Pues, aunque rescata elementos de la masculinidad dominante de su contexto, su propia experiencia de vida lo ha llevado a cuestionar y repensar otras.

En la edad adulta, la masculinidad se configura a partir de los logros obtenidos a lo largo de la



trayectoria laboral que se reflejan en el sustento económico y cuidado de la familia, la adquisición de bienes materiales y la construcción de una casa. Estos elementos, otorgan prestigio y estatus a los albañiles en sus comunidades y los hace dignos de respeto. El “buen hombre” es aquel que es trabajador-proveedor, es jefe de familia, esposo, y padre responsable. En esta etapa la proveeduría sigue siendo eje fundamental de la masculinidad. Por ello, los trabajadores de la construcción en la edad adulta se preocupan por el futuro ante la inminente precariedad laboral, ya que a esta edad cuentan con los conocimientos para trabajar, pero no con fuerza, agilidad y resistencia necesaria para competir con los jóvenes. Por ello, trabajan hasta que el cuerpo aguante (de Keijzer, 2006). Aunque sus cuerpos se cansan y desgastan con el uso y el paso de los años, no reconocen en la obra, ni con su familia o amigos, que están enfermos o cansados. Más bien, usan su cuerpo hasta donde les sea posible explotarlo, con el objetivo de cumplir con el mandado de la masculinidad.

Hoy en día Armando reconoce que su cuerpo está cansado y que su rendimiento dentro del contexto de trabajo es menor. Esta ha sido la razón por la cual se ha retirado de la albañilería y ha implicado reconocer el dolor y el cansancio, lo que le ha generado tristeza y añoranza por sus años de juventud. Sin embargo, busca constantemente mantenerse laboralmente activo, para sostener firmemente ese elemento que, desde su propia percepción, denota su masculinidad: la proveeduría de su familia.

A través la historia de vida descrita fue posible mostrar que las masculinidades son un proceso que está impregnado de prácticas y significados que se reafirman y se repiense en distintos espacios

e instituciones donde los sujetos se desenvuelven. En cada etapa del ciclo de vida se resaltan determinados elementos que están vinculados al modelo hegemónico de la masculinidad. Esto permitió comprender que la construcción de las masculinidades es un proceso social multidimensional que no constituye un producto acabado, sino un fenómeno que está vinculado a procesos sociales, culturales e históricos.

Parte del proceso de construcción de masculinidades involucra aspectos personales, familiares, y comunitarios. Los aspectos personales muestran cómo los albañiles se autodefinen y reconocen a sí mismos con los deberes, derechos, y funciones que reconocen como propias, como por ejemplo, la participación activa en el espacio laboral remunerado y el ejercicio de la proveeduría económica de su familia. En el plano familiar, involucra el cuidado de otros, la pareja, y los hijos a través de la proveeduría de bienes, que asegura la subsistencia del grupo. A ello se suma el reconocimiento que los integrantes de la familia le otorgan como esposo, padre, proveedor, y jefe de familia y la autoridad que esto implica. En el nivel comunitario, la masculinidad se vincula al respeto, prestigio y estatus que los albañiles forjan para sí mismos y para su familia. En ese sentido, la masculinidad se denota a través del éxito laboral, la adquisición de bienes materiales y por tanto la posición económica que tienen dentro de la localidad.

Cabe señalar que las masculinidades pueden entenderse a partir de dos aspectos. Por un lado, la base material de los cuerpos (i.e., la presencia de pene o vagina) establece diferencias iniciales entre los sujetos y que los lleva a establecer usos, cuidados, y atributos (e.g., fuerza, resistencia, tono



muscular, delicadeza) en los hombres y las mujeres. Para los albañiles, el cuerpo no sólo es la ventana a través de la cual se muestran y construyen diferencias de género. También es el medio o una herramienta de trabajo (de Keijzer, 2006), que les permite y que utilizan para trabajar y cumplir con algunos mandatos de la masculinidad, tales como el ejercicio de la proveeduría. Los aprendizajes de género en torno a los cuidados del cuerpo y el cumplimiento de determinadas funciones que se reconocen como propias de los hombres, lleva a los albañiles –y a otros hombres– a vivir en silencio el dolor, la enfermedad, o el cansancio. Estos pueden ser entendidos como los costos de la masculinidad. En ese sentido el orden de género y la masculinidad es vivida de forma ambivalente por los hombres pues los posiciona en un lugar privilegiado en relación a las mujeres, también se enfrentan a luchas constantes por demostrar su masculinidad y deben “pagar los costos” que ésta implica.

El segundo aspecto de la construcción de las masculinidades implica el análisis de características, valores, funciones, y ejercicios como la paternidad, la vida en pareja, la responsabilidad, el éxito laboral, el prestigio y el estatus. El análisis de

estos aspectos permite profundizar en la construcción de la identidad de género masculina e identificar elementos de la masculinidad hegemónica que no todos los hombres alcanzan o que no tienen el interés de lograr a lo largo de su vida. Tal es el caso de Armando, quien no cumple con todos los elementos de la masculinidad hegemónica de su contexto, pues no formalizó una vida en pareja y no es padre. Sin embargo, él se define y reconoce como hombre porque ha sido trabajador y responsable con su familia y ha logrado el éxito a través de algunos bienes materiales, aunque es consciente que para su comunidad es un hombre a medias. Para finalizar, es importante recordar que la historia de vida presentada se centra en un solo caso de estudio, por lo que no se pueden realizar generalizaciones sobre la construcción de las masculinidades en la clase obrera. Sin embargo, futuros estudios comparativos con otros trabajadores de la construcción o con personas de otros oficios de la clase obrera en contextos urbanos y rurales, podrán permitir profundizar en los temas de este estudio y otros temas centrales como la salud, la sexualidad, la paternidad, los roles de género que, aunque se muestran destellos de luz en la narrativa y análisis aún falta profundizar en ellos.

REFERENCIAS

- Aceves, J. E. (2013). Un enfoque metodológico de las historias de vida. En G. de Garay (Coord.), *Cuéntame tu vida. Historia oral: Historias de vida* (pp. 99–15). Perfiles.
- Bolívar, A., & Domingo, J. (2006). La investigación biográfica y narrativa en Iberoamérica; Campos de desarrollo y estado actual. *Forum: Qualitative Social Research*, 7(4), Artículo 12. <https://doi.org/10.17169/fqs-7.4.161>
- Connell, R. W. (1997). La organización social de la masculinidad. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es, poder y crisis* (pp. 17–30). Isis Internacional; FLACSO-Chile.



- de Garay, G. (2013). Prólogo. En G. de Garay (Coord.), *Cuéntame tu vida. Historia oral: Historias de vida* (pp. 5–8). Perfiles.
- de Keijzer, B. (2006). Hasta donde el cuerpo aguante: Género, cuerpo y salud masculina. *Revista la Manzana*, 1(1), 137–152. <https://bit.ly/3C7cAVb>
- de Keijzer, B. (2010). *Masculinidades, violencia, resistencia y cambio*. [Tesis doctoral, Universidad Veracruzana]. <https://bit.ly/3pvk6po>
- Fuller, N. (2001). *Masculinidades cambios y permanencias*. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Hernández R., Fernández C., & Baptista P. (2010). *Metodología de la investigación*. MacGraw-Hill Interamericana.
- Hernández, O. (2011). Trabajo y construcción de masculinidades en una colonia popular de Tamaulipas. En O. Hernández, C. García, & O. Contreras (Coords.), *Masculinidades en el México contemporáneo* (pp. 117–130). Plaza y Valdés.
- Hernández, O. M., García, C. A., & Contreras, O. K. (2011). Introducción. En O. Hernández, C. García, y O. Contreras (Coords.), *Masculinidades en el México contemporáneo* (pp. 13–17). Plaza y Valdés.
- Kogan, L. (1993). Género-cuerpo-sexo: Apuntes para una sociología del cuerpo. *Debates en Sociología*, (18), 35–56. <https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/debatesensociologia/article/view/6676/6779>
- López, M. (2010). *Hacerse hombres cabales. Masculinidades entre tojolabales*. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas; Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Olavarría, J. (2000). De la identidad a la política: Masculinidades y políticas públicas. Auge y ocaso de la familia nuclear patriarcal en el siglo XX. En J. Olavarría & R. Parrini (Eds.), *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia. Primer encuentro de estudios de masculinidad* (pp. 11–28). Red de Masculinidad Chile; Universidad Academia de Humanismo Cristiano; FLACSO-Chile.
- Pujadas, J. (2000). El método biográfico y los géneros de la memoria. *Revista de Antropología Social*, 9, 127–158. <https://revistas.ucm.es/index.php/RASO/article/view/RASO0000110127A/9967>
- Rosas, C. (2008). *Varones al son de la migración. Migración internacional y masculinidades de Veracruz a Chicago*. El Colegio de México.
- Seidler, V. (1997). Masculinidad, discurso, vida emocional. En J. Figueroa & R. Nava (Eds.), *Memorias del seminario-taller "Identidad masculina, sexualidad y salud reproductiva"* (pp. 7–24). El Colegio de México.
- Simmel, G. (2002). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Gedisa Editorial.

Manuscrito recibido: 28-01-2021

Manuscrito aceptado: 30-09-2021